Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original: *El papel del carisma en el liderazgo político a la luz de determinadas concepciones teóricas. La perspectiva latinoamericana*

Author(s)/ autor(es):

Stanisław Kosmynka

Published originally as/ Publicado originalmente en:
Estudios Latinoamericanos 31 (2011), pp. 79-104

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios2011.v31.art5>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

El papel del carisma en el liderazgo político a la luz de determinadas concepciones teóricas. La perspectiva latinoamericana

Stanisław Kosmynka

Introducción

El liderazgo político es una de las cuestiones centrales en el proceso de ejecución del poder. Es un fenómeno complejo, con diversos aspectos y elementos distintivos que lo presentan desde varias perspectivas y a la vez acentúan diferentes problemas con el relacionados, problemas claves para el diagnóstico de su cristalización, de su funcionamiento y de su actividad. Si tenemos en cuenta la amplitud de la cuestión, este artículo solo pretende mostrar una selección de conceptos útiles para el análisis y la aclaración de este fenómeno a la luz de ciertas teorías elementales, a fin de concentrarse después en la especificidad y el papel del carisma en esta clase de liderazgo. La ejemplificación de las consideraciones teóricas servirá para subrayar el tema de la personalidad de ciertos líderes latinoamericanos en la escena política, debido a que el *liderazgo carismático* se halla presente en la ejecución del poder en muchos países de esta región tanto antes, como ahora. Es, en definitiva, un modelo de dirección que sigue gozando de gran vigencia en toda una serie de estados de América Latina. La aparición de líderes de este tipo y su consiguiente éxito político son más frecuentes en los países con una democracia frágil o inestable, donde la institucionalización del sistema político es relativamente débil y la sociedad ciudadana no se halla totalmente formada, como ocurre en muchas áreas de América Latina¹. Los problemas sociales, políticos y económicos de esta zona favorecen la popularidad de “salvadores carismáticos”, que surgen como una panacea para todos los problemas y que a la par pueden

constituir, con sus proyectos políticos, un paso hacia un cambio político dentro del marco del sistema democrático o incluso fuera de él (Allahar 2001:64). Por ello cabrá tomar en consideración la teoría que habla de un “carisma situacional” en el proceso de cambio de las elites políticas en América Latina.

El liderazgo político según diversas concepciones teóricas

Si desde la perspectiva política, sociológica y psicológica profundizamos en un fenómeno tan fundamental como es el del ejercicio del poder y aceptamos, con Max Weber, que consiste en una clase particular de relaciones sociales entre individuos, de los cuales una parte es capaz de imponer y ejecutar su voluntad sobre la otra parte, concluiremos que es de crucial importancia la cuestión de la influencia de los individuos que ejercen dicho poder y que poseen los mecanismos para hacerlo. De ahí que el poder sea también un fenómeno social conformado por una posición asimétrica. Krzysztof Pałecky considera que:

“ciertas personas, por las más diversas causas, renuncian, o simplemente se les arrebatan, a una parte de su subjetividad, es decir de su libertad de decisión sobre sí mismos. Precisamente, esta parte perdida de su subjetividad enriquecerá la subjetividad de otros que, en una esfera concreta, aunque siempre limitada, han conquistado la posibilidad de decidir sobre los demás y por los demás (...)” (Pałecky 1999:305).

En caso de que asumamos esta aproximación, nos implicaremos en la necesidad de reconocer el peso de las normas sociales que crean la estructura específica de una sociedad concreta y cuya característica sería la falta de equilibrio en la ejecución del control o de la presión (Pałecky 1999:305). En la mayoría de los grupos sociales es algo distintivo la aparición de dirigentes y la consolidación de una posición para esos mismos dirigentes. Todo ello deriva, ante todo, de la necesidad de coordinar las actividades, de garantizar la coherencia interna del grupo, así como de la de afirmar valores esenciales para él mismo a base de proporcionar ejemplos personales y de marcar ciertas pautas de comportamiento (Sztompka 2005:381).

Por lo que respecta a su dimensión pública, el problema del poder atañe, en todas las sociedades, sea cual sea su sistema político, a las elites, cuya presencia se manifiesta no sólo en el plano de la dicotomía gobernantes-gobernados, sino que se sitúa en el centro mismo del sistema político, lo cual ya ha sido advertido, desde diversos puntos de vista, por numerosos eruditos como Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto, Georges Sorel, José Ortega y Gasset entre otros. La mayoría de las teorías acerca de las elites las definen como un grupo escaso de individuos que detentan

una posición dominante en la sociedad, que han sido elegidos según diferentes criterios, que desempeñan funciones directivas y que gozan de la confianza colectiva o, por el contrario, de la desconfianza de las masas.

Éste último tema se reflejaría en la transformación política habida en América Latina entre los siglos veinte y veintiuno. Los éxitos de los partidos y agrupaciones de izquierdas han provocado un cambio en las elites en muchos países de la zona, cuyos escenarios políticos habían mostrado durante décadas enteras su hegemonía, de estas elites, de origen y posición sociales similares. La fuerza ejecutiva de dicha transformación fue la rebelión anti-elitista de las masas promovida por el descontento hacia la clase política en el poder, por la progresiva pauperización y por la crisis económica (sería el caso de Venezuela, Nicaragua, Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay), así como por la activación de los movimientos indígenas y el desarrollo del nacionalismo (como en los casos de Bolivia y Ecuador) (Śniadecka-Kotarska 2010).

Por mediación de sus dirigentes, las masas desempeñan importantes misiones sociopolíticas, entre otras, como la de dar forma y dirección a los proyectos de cambios políticos, además de canalizar y representar las demandas y necesidades de determinados grupos sociales. Los dirigentes también cumplen una función decisiva en el proceso de comunicación política de las elites con las masas y, en muchas ocasiones, encarnan factores cruciales en los cambios sociales, si tenemos en cuenta su participación en los procesos de revalorización o descomposición del orden existente. En este contexto, valdría la pena citar algunas definiciones que revelan la esencia misma de la dirección, del ejercicio, de la política, es decir del liderazgo político, como son por ejemplo:

- Un proceso en el que un individuo ejerce su influencia sobre un grupo con el fin de lograr objetivos comunes (Northouse 2004).
- Una técnica mediante la cual un individuo consigue que otros hagan lo que él desea (Bundel 1930 en Rost 1993:48).
- Una habilidad para inspirar a otros y dirigirlos (Goleman 1999).
- Un conjunto de actividades, relaciones e influencias interpersonales que permiten a los ciudadanos, de forma consciente y libre, motivar e inclinar a la acción a miembros de un determinado colectivo, a fin de conseguir objetivos comunes (Núñez 2005).
- Un conjunto de relaciones en el plano del poder en las cuales el individuo se convierte en director de acciones comunes a favor de objetivos y valores importantes y útiles para la colectividad (Marín 2009:144).

- Una capacidad de presentar una visión de las actividades sociopolíticas que centra la atención y el apoyo de un grupo significativo de personas; actividades destinadas a lograr fines importantes tanto para el líder como para la colectividad (Rejai y Phillips 1997:9).
- Una suerte de interacción en la cual unos pocos ejercen o tratan de ejercer influencia sobre los otros (Tucker 1995:11).

Todos estos enfoques conceptuales subrayan la importancia de los atributos personales, los fines y las formas de actuación del líder, el papel de los “destinatarios” bajo su influencia² y el contexto situacional en el que se produce la cristalización de su dirección política y su efectividad. Algunas de las definiciones citadas vienen a sugerir “la pureza de intenciones” de la persona del líder, quien actuaría con el fin de conseguir objetivos comunes, omitiendo un aspecto tan significativo como frecuente: el de la manipulación política y socio-psicológica presente en el plano de la interacción líder-entorno. Como advierte Piotr Sztompka:

“una vez conseguida su posición, el líder crea la posibilidad de consolidar y ampliar su poder. El líder goza de posibilidades especiales de manipulación mediante la distribución de premios y castigos, la captación de un núcleo de partidarios y, a la par, el aislamiento de los adversarios. Puede llevar a cabo de modo eficaz una selección de informaciones, ocultando sus propios errores o deslices y, por otro lado, poniendo enfoque en sus éxitos. E incluso puede, por lo menos por algún tiempo, beneficiarse del crédito de confianza que en él ha depositado un grupo. La libertad de acción del líder, aumentada justamente gracias a esa confianza, le permite emprender acciones novedosas y reformadoras que, en el caso de resultar logradas, reafirman y fortalecen su posición excepcional dentro del grupo” (Sztompka 2005:382).

Con toda razón, este autor destaca que el mecanismo suele ser la consolidación y la extensión de la influencia, una vez conseguido el poder dentro del grupo, aunque cabe de nuevo recordar que la posición del líder no se conquista para siempre y que puede, igual que el carisma, también perderse para siempre.

La mayoría de las formulaciones teóricas interpretan la ejecución política según dos categorías: bien como un proceso contextual de orden causa/efecto, bien como un conjunto de mecanismos mediante los cuales se ejerce dicha influencia. El primer aspecto hace hincapié en la participación de numerosos actores e instituciones y en toda la compleja “máquina política” protagonista del proceso de toma de decisiones en una situación temporal y espacial dada. Subraya la importancia de los esfuerzos a fin de lograr los objetivos decisivos propuestos para la colectividad. La

segunda perspectiva se centra en el problema de la interacción entre el líder y su ambiente, es decir los miembros potenciales o reales del grupo que dirige. En otras palabras, este aspecto del liderazgo trata estrictamente de la cuestión del poder entendido en el sentido amplio del término, puesto que, como observa Blondel, el lugar principal lo ocupan en este caso las predisposiciones y habilidades de una minoría para inducir a otros a actuar en una dirección negativa o positiva (Blondel 1987:2-3). Por lo tanto, tampoco debería omitirse aquí el peso de la influencia del líder.

Jesús Tovar Mendoza ha advertido un dilema crucial en todo ello, el de si una persona nace líder o se hace, inclinándose personalmente por la segunda opción (Tovar Mendoza 2009:107). Esta constancia deriva del presupuesto siguiente: para conseguir una posición y beneficiarse de su estatus, son imprescindibles unas condiciones sociales favorables. Con todo, no puede negarse la existencia de otros mecanismos fundamentales para la consecución de este logro. Ante todo, no olvidaremos tres factores que, además, se hallan relacionados entre sí:

- Rasgos y atributos personales del individuo (dimensión de las influencias y predisposiciones individuales).
- Atributos de la función que desempeña en la estructura del poder (dimensión de la posición y papel social).
- Tipo particular de conducta y catalizador de la movilización social (dimensión conductual) (Natera 2009:79).

A pesar de que en muchos análisis y trabajos de investigación se haya acentuado la importancia de una de las dimensiones citadas sobre las otras, se hace necesario realizar una aproximación a todos sus elementos integradores³. Incluso podría afirmarse que el liderazgo es realmente efectivo cuando existe una sincronización entre las cualidades personales del líder, su entorno y el contexto situacional. Dicho de otro modo, la influencia es aquí recíproca: el líder influye en su ambiente y en la forma del sistema político en el que funciona, pero también lo hacen sobre él la sociedad y sus instituciones, forjando de este modo su propia personalidad. Por ejemplo, nos parece especialmente valiosa la definición de liderazgo político presentada por James M. Burns. Es un proceso por el cual unos individuos determinados, movidos por diferentes objetivos y causas, rivalizan con otros actores de la escena política, poniendo en marcha y utilizando diversos recursos (institucionales, políticos, psicológicos) con el fin de determinar, estimular o satisfacer las motivaciones y necesidades de sus partidarios en la forma deseada (Burns 1978:18). Este enfoque integra los elementos específicos arriba mencionados y, al mismo tiempo, subraya una serie de factores fundamentales: las motivaciones

y las premisas de la acción, la lucha política, el uso de diversas herramientas para el ejercicio de la influencia y el logro de la efectividad, además de las posibilidades de canalizar las expectativas sociales en determinada dirección.

En cuanto a la predisposición relacionada con la personalidad, se puede contar con un abanico de rasgos que predestinarían a una persona a convertirse en líder. Stogdill nombra algunos de estos atributos, como son la responsabilidad, la inteligencia, la perspicacia, la seguridad en sí mismo, la iniciativa, la disposición para conseguir el éxito, la capacidad de cooperación y de ejercicio de la influencia (Stogdill 1948). A su vez, Kirkpatrick y Locke acentúan la importancia de la motivación, de la estabilidad emocional, de la habilidad cognitiva, del carácter emprendedor, de la capacidad de despertar confianza y de la competencia (Kirkpatrick y Locke 1991). Por su parte, Northouse ha percibido como una serie de caracteres concretos se van repitiendo en la mayoría de las investigaciones acerca de las figuras de los líderes, y estos caracteres son, entre otros, inteligencia, seguridad en sí mismo, determinación, capacidad interpersonal (Northouse 1997).

Hay que tener en cuenta que el ejercicio político se ha convertido, hoy en día, en una ocupación aún más personalizada, debido al dinámico desarrollo de los medios de comunicación de masas. Las diversas formas de comunicación, sobre todo en el caso de convergencia de medios y (recordando a Manuel Castells) en la época de la sociedad de internet, facilitan la creación de una imagen política armada con nuevas armas y posibilidades. Todo líder político puede contar con la influencia de los medios de comunicación, los cuales son capaces de alzarle al poder o de relegarlo por completo, por lo cual las elites dirigentes desean controlarlos o al menos dirigirlos eficazmente con tal de llegar al corazón de sus receptores con éxito. De ahí que en términos como “telepolítica” o “videopolítica” se haga hincapié en el aprovechamiento de los medios de masas para tejer estrechos lazos de unión entre el líder y sus partidarios, para acuñar un mensaje ideológico determinado o para ejercer la influencia deseada.

No faltan ejemplos de esta clase, tanto en el presente como en el pasado, a saber: la utilización de la radio por parte de Perón en Argentina, la elaboración de la imagen política de Fernando Collor de Mello en Brasil gracias al influyente canal televisivo Red O Globo, la transmisión de la retórica radical destinada a polarizar a la sociedad, a través de la televisión de Ecuador por parte de Abdalá Bucaram, el intento de controlar los medios de comunicación por el presidente de ese mismo país, Rafael Correa, lo que ya había llevado a cabo antes durante el periodo de comunicación de sus mensajes políticos a través de Radio Luna, o todas las iniciativas de esta misma índole emprendidas por el presidente Hugo Chávez Frías en Venezuela, incluida la serie de programas gracias a los cuales fabrica su propia imagen.

Entre las numerosas tipologías del liderazgo político, cabría citar la elaborada por Blondel, ya que en ella se destaca el carácter que presentan los cambios llevados a cabo dentro del sistema, o inspirados, por el líder. Es una cuestión particularmente interesante porque trata de la actitud que mantiene el líder frente a la realidad sociopolítica y económica, y porque además constituye un intento de sistematización y clasificación de sus actividades con respecto a su status quo. He aquí el esquema ofrecido por Blondel (Tabla 1):

Intensidad y carácter de los cambios				
		Mantenimiento del status quo o cambios poco significativos	Cambios moderados	Grandes cambios
Alcance del impacto	Perspectiva holística	Salvadores (Churchill, Adenauer, de Gaulle)	Paternalistas/ Populistas (Bismarck, Stalin, Sha Reza Pahlawi, muchos líderes de países del Tercer Mundo)	Transformadores/ Ideólogos (Lenin, Mao, Castro, Hitler, Mussolini)
	Perspectiva moderada que concierne a cierto aspecto del sistema	Confortadores (Eisenhower)	Redefinidores (Kennedy, Reagan, Thatcher)	Reformistas (Roosevelt)
	Perspectiva sectorial	Gestores (por ejemplo, ministros que resuelven ciertos problemas o llevan a cabo tareas cotidianas)	Reajustadores (por ejemplo, ministros que llevan a cabo una reestructuración de sus ministerios)	Innovadores (los que realizan cambios políticos)

Tabla 1. Tipologías del liderazgo político. Fuente a base de: J. Blondel 1987.

Como podemos ver tiene aquí especial importancia la influencia recíproca establecida entre el líder y su ambiente, y no sólo en cuanto al mantenimiento de la coherencia de las instituciones políticas, sino también en relación a los cambios que, en mayor o menor medida, ha decidido o decidirá emprender. El modelo conservador se basa, por lo general, en unos pocos cambios del sistema, ya que está centrado en la edificación de un estado estable después de haber sufrido transformaciones rápidas o conflictos, cuyo mejor ejemplo sería el de hombres de estado “salvadores” a la manera de Churchill o De Gaulle, a quienes en un momento crucial, como fue el fin de la Segunda Guerra Mundial, se les otorga durante un plazo más o menos largo un amplio crédito de confianza, al ser considerados políticos que “construyen” y no que “reconstruyen” de modo radical. Por otro lado, muchos políticos llegan al poder bajo lemas que proclaman la necesidad imperiosa de introducir transformaciones

en el sistema, sean políticas, sociales o económicas, que a veces se ven convertidas en armas de una destrucción total del sistema político destinado a ser sustituido por otro nuevo (Hitler, Le5nin, Castro, Ernesto “Che” Guevara, Mao), o de llevar a cabo modificaciones drásticas dentro del mismo (Stalin, Sha Reza Pahlavi, Perón, Chávez, Morales, Ortega, Kirchner), sirviéndose para tal objetivo de bases ideológicas o institucionales creadas ad usum. Y son precisamente lemas de esta índole los que a menudo aparecen en los países de América Latina, bien sea en situaciones en las que el sistema político se halla débilmente institucionalizado durante recesiones o crisis políticas, bien sea en momentos de crecientes desafíos o conflictos sociales. La estabilización y la falta de importantes tensiones sociales favorecen más bien una caída del populismo y de los movimientos radicales en beneficio de líderes-gestores y de reformistas moderados⁴.

A la luz de esta reflexión sobre el carácter de los dirigentes políticos, conviene recordar también los enfoques multidimensionales, entre los cuales goza de especial significado la división entre dirección transaccional y transformacional (Burns 1978; Rejai y Phillips 1997), analizada por varios autores. En esta concepción cobra radical importancia la interacción en el plano líder-partidarios. Al analizar el tipo de dirección política transaccional, debemos considerar la relación de beneficio recíproco entre el líder y su entorno en su dimensión política, económica y simbólica consistente en un singular intercambio de servicios materiales y extra materiales, en el cual se distinguen tanto las ventajas mesurables y el afán de apoyo político, por una parte, como la necesidad de auto-identificación con una determinada fórmula ideológica, por otra⁵. El mando político de carácter transaccional refleja en sí mismo la teoría del intercambio: las partes interesadas llevan a cabo trueques de “cosas” valiosas para ellos (por ejemplo, votos a cambio de la promesa de tomar decisiones y realizar actos beneficiosos en favor de grupos concretos). Asimismo esta clase de intercambio tiene lugar con valores no solo materiales, sino también sociales, económicos o psicológicos.

El modelo de *liderazgo transformacional* se centra en la recomposición de una situación política o económica ya existente. Podría afirmarse que toda la corriente de la “nueva izquierda” (por otra parte, muy heterogénea y diversificada) triunfante en América Latina se inscribiría dentro de esta clase de modelo, con independencia si nos referimos a proyectos populistas radicales o a las actividades políticas de los socialdemócratas. En este último caso, lo importante estriba en la implantación de cambios basados en lemas que claman la reforma o la reconstrucción del sistema. El modelo de *liderazgo transformacional* surge a menudo en momentos cruciales de cambios sociopolíticos, de crisis o de desafíos crecientes internos o externos, que han constituido la fuente y origen de grandes transformaciones en la escena política de una serie de países latinoamericanos. Este esquema se caracteriza por la sólida unión entre el líder y su entorno a fin de conseguir objetivos

considerados extraordinariamente importantes desde la perspectiva de los intereses de todo el colectivo, cuya realización tangible y servicios prestados gozarían de un rango de auténtica misión social. A todo ello le suele acompañar una retórica característica que se remite a un sistema de valores concretos, como por ejemplo, libertad, justicia, independencia, el bien de la nación, que marcan el eje fraseológico político en el momento de crisis o tensiones de diversa clase. Igualmente este tipo de retórica hace referencia a la relación existente entre el líder y sus partidarios, de carácter molecular, lo cual implica un sentido particular de la motivación y el deber (Marczewska-Rytko 2010:219). Tovar Mendoza destaca que:

“este liderazgo no es opuesto al transaccional, más bien lo complementa al punto de lograr algo más de lo que usualmente se pretende: asimismo va un poco más allá del carismático, ya que éste pretende que sus seguidores adopten su visión, mientras que el transformacional pretende despertar capacidad crítica en sus seguidores incluso de sus propios planteamientos” (Tovar Mendoza 2009:117).

Sin embargo el carisma tiene el papel importante en este tipo de liderazgo debido a que ofrece un sueño, una misión, infunde orgullo y confianza (Tovar Mendoza 2009:117).

En el marco de este modelo, Rejai y Phillips distinguen dos clases de dirigentes: los “emprendedores” y los líderes carismáticos (Rejai y Phillips 1997). El primer subtipo presenta la imagen del director de una organización, quien gracias a sus propuestas innovadoras y dinámicas llevará a cabo una reestructuración y se ajustará a las circunstancias susceptibles de cambio. El segundo, no menos interesante, es el modelo de líder carismático.

El liderazgo carismático–transformacional y sus variantes

En este modelo ocupa un lugar central el concepto de carisma, concepto que se hace necesario elucidar no solo según las categorías de Max Weber, es decir como una de las tres fuentes (junto a la racionalidad y a la tradición) de la legitimidad del poder y como un conjunto de predisposiciones extraordinarias, sino también en su contexto situacional. Weber considera que el poder carismático contrasta vivamente con la legalidad basada en la tradición. Como advierte el excelso sociólogo alemán, esta última constituye “un rasgo de personalidad”, en un principio atribuido a los profetas, a los sabios, a los jefes de las partidas de caza y a los héroes de guerra, por lo tanto condicionado mágicamente, que se percibe como extra cotidiano, dado lo cual esta personalidad se estimará que está dotada de fuerzas y cualidades sobrenaturales, o por lo menos singular-

mente extraordinarias e inaccesibles para los demás, o bien puede tratarse de una personalidad que constituye un ejemplo para otros y que, por eso, es líder (Weber 1984:134).

Esta clase de *liderazgo carismático* se manifiesta en una forma de unión particular entre el sujeto y el grupo, que crea una premisa fundamental para que, dicho sujeto, se pueda convertir en su líder. Unión de carácter afectivo que se revelará a través de la obediencia, la confianza y la lealtad de sus partidarios. La base del carisma no la forman únicamente el talento y la capacidad individual, sino que también depende de la forma en que el colectivo las percibe, esto es, como cualidades que predestinan a ese individuo para el desempeño de un cargo extraordinario. En consecuencia, esta clase de mando político está fuertemente personalizado y arraigado en nudos emocionales de dependencia de los partidarios. El paradigma perfecto de esta clase de poder político sería el de Hugo Chávez en Venezuela.

No es raro que las personas dotadas de carisma sean también *outsiders* en el mundo de la política. Aparecen en la escena política sin que nadie sepa “de dónde han salido”, logran apoyo rápidamente y toman el poder (como los casos de Alberto Fujimori en Perú y de Fernando Collor de Mello en Brasil). Hacerse con un carisma implica acertar en las expectativas sociales de un cierto electorado, de ahí que un tratamiento frecuente dentro del marketing político sea la fabricación de la imagen adecuada del político, de una forma de articular sus respuestas, incluso de declarar ciertas ideas y valores que cumplen precisamente esas expectativas (Sztompka 2005:171). Por ende, no se puede olvidar esta estrategia de manipulación, ya mencionada, en relación a los destinatarios del mensaje que se realiza mediante todo un abanico de mecanismos y que abarca desde el ejercicio de la influencia hasta la instrumentalización de determinados aspectos del discurso político.

Remitiéndose al pensamiento de Weber, Antonio Natera lleva a cabo la síntesis de los aspectos más relevantes con los que puede definirse la esencia del *liderazgo carismático* (Natera 2009:91). Verbigracia:

- Tiene una expresión personal, sensu stricto, y se refiere a los atributos extraordinarios del individuo.
- Se basa en la interacción, relativamente frecuente, aunque libre, del líder y sus partidarios (por ejemplo, encuentros en mítines, reuniones o mensajes a través de los medios de comunicación).
- Posee un carácter emocional, irracional, lo que se muestra especialmente intenso durante los eventos masivos.
- El discurso que agita se remite a diversas fuentes, entre otras la religiosa.

- Concibe su acción como una necesidad imperiosa y una misión.
- A menudo lleva a cabo transformaciones e introduce cambios revolucionarios.
- A veces transgrede normas y leyes.
- Surge, en la mayoría de las ocasiones, en momentos cruciales o de crisis, pero cuando desaparecen las circunstancias estructurales favorables, pueden caer en una actividad rutinaria.

Este último aspecto es denominado “carisma situacional”, lo que viene a demostrar la importancia de un contexto oportuno en la aparición y el éxito de los líderes carismáticos⁶.

Entre los elementos mencionados más arriba merecen especial atención las referencias religiosas presentes en el discurso político, puesto que le confieren una dimensión singular al mensaje ideológico dirigido del líder a sus partidarios, legitiman la teoría y la práctica de la acción y constituyen uno de los elementos edificadores de los lazos emocionales establecidos entre el líder y sus partidarios, lo cual se revelará por la limitación del criticismo hacia su persona y por un cierto grado de sumisión a la misma. Es esto, entre otras cosas, lo que diferencia a los líderes carismáticos de los representantes del modelo “racional-burocrático”, cuya principal fuente de legitimidad de su poder son los votos conseguidos en las urnas. En este contexto Salinas Hernández plantea que

“las características de personalidad de líder están relacionadas con su capacidad de encantar, acumula capacidades emocionales y cognitivas, pero privilegia las primeras para esconder las segundas; es táctico y estratega, y utiliza lo que en términos contemporáneos podemos llamar la ‘inteligencia emocional’, pues no es necesariamente el individuo más inteligente, sino aquel que razona la afectividad, aquel que provoca emociones fuertes pero controlándolas” (Salinas Hernández 2009:231).

La fraseología religiosa, o casi religiosa, ha estado y está presente en la retórica de muchos líderes latinoamericanos carismáticos y populistas, ya que gracias a ello estos dirigentes se han formado una imagen de líderes a quienes se les ha confiado la misión de salvar a su país. Su misión, entonces, está marcada por un carácter mesiánico y sacro, por lo tanto también irracional. Los partidarios se convierten automáticamente en unos adeptos y “alumnos” en su andadura tras los pasos del líder. En Ecuador esta clase de rasgos fueron, por lo menos durante una época, el rasgo distintivo de tres políticos: José María Velasco, Abdalá Bucaram y Álvaro Noboa.

Aunque eran políticos pertenecientes a diferentes momentos, les caracterizaba a todos un discurso moralizador muy semejante, así como su mesianismo político. La retórica maniquea, que delimitaba la dicotomía oligarquía-pueblo, se convirtió en un elemento omnipresente tanto en la estrategia de Velasco como de Bucaram. El primero de ambos, en su larga trayectoria política (desde la década de 1930 hasta principios de los años de la década de 1970), fue considerado por muchos de sus seguidores como un salvador de la nación, lo que él adornaba con el tono profético y mesiánico de su oratoria. Álvaro Noboa, candidato a las elecciones presidenciales en los años 1998, 2002 y 2009, hacía gala de un estilo conocido como “populismo religioso” en razón de su discurso autoritario y también mesiánico, aunque de claras connotaciones anticomunistas y antichavistas (Freidenberg 2007:226-236).

Abdalá Bucaram, descendiente de emigrantes libaneses y líder del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), que se alzó brevemente con el poder en 1996, se formó una imagen de líder defensor de los pobres (encarnación del bien) y denostaba a la elite y a los oligarcas por ser estos la encarnación del mal, lo que acuñaba en una fraseología muy oportuna: “La lucha del diablo con el hijo de Cristo” (Freidenberg 2007:157). Bucaram era considerado como un carismático representante del pueblo, de las capas menesterosas y de los marginados, en todo lo cual desempeñaba un importante papel su retórica mesiánica, moralizadora y maniquea. El poder de las elites “degeneradas” se revelaba, según su parecer, en la humillación y el desprecio que sufrían las masas de pobres. En opinión de Bucaram, los oligarcas habían vendido el país, mientras que los pobres y los excluidos representaban los valores morales más altos y constituían la parte más preciosa de la sociedad.

“Bucaram, que obtuvo como alcalde de Guayaquil (puesto que suele ser un trampolín para postularse a la presidencia), (...) adquirió popularidad con su manera extravagante de gobernar. Danzaba en los bailes públicos, grababa discos con canciones populares, se afeitaba el bigote para hacer caridad, se denominaba ‘macho representante del pueblo’ e insultaba a los opositores, estimulando la difusión de ‘loco Bucaram’ como a él le gustaba que lo llamaran” (Gomes Pinto 2005:128-129).

Presentó un estilo claramente populista, de acuerdo con el sentido político que se le da al término: discurso anti-status quo, base de apoyo popular, relación afectiva entre el líder y las masas populares, exaltación de los méritos y virtudes del ciudadano, intención de implantar rápidamente la justicia social independientemente de las consecuencias económicas a mediano y largo plazo.

La polarización del discurso público, que se manifiesta en la dicotomía pueblo-oligarquía, viene a demostrar, entre otras cosas, que el sistema favorece a las elites poderosas (lema: “las cárceles no son para los ricos”) y que los problemas que

sufre Ecuador son sencillos de resolver y no requieren el asesoramiento de ningún economista o grupo de intelectuales (De la Torre 2007:60-61). El carisma de Bucaram se vio reflejado en los epítetos que le prodigaron sus seguidores: “un amigo que sabe escuchar”, “un líder al que hay que seguir”, “un hermano al que se le debe respeto”, “el más inteligente del grupo”, “el líder de los pobres”, “el presidente de los pobres y excluidos”, “un loco que ama”, “alguien que comprende el sufrimiento del pueblo” (Freidenberg 2007:156). Epítetos todos que quieren demostrar sus excepcionales cualidades, el hecho mismo de sacrificarse por el bien del pueblo y por la noble misión asumida.

“Como otros populistas, Abdalá se presentó públicamente como una persona humilde y popular, igual al pueblo. Por ser hijo de inmigrantes libaneses, Abdalá Bucaram ha sido marginado y discriminado por la gente de alta sociedad, que lo consideró un “turco nuevo rico y con malas costumbres” (De la Torre 2007:60).

El mesianismo carismático se revela en las frecuentes evocaciones de carácter religioso que dan a entender lo sagrado de la misión, encomendada por el mismo dios, de sanar el país y salvar al pueblo⁷. Este mensaje político moralizador y profético fue dirigido a la sociedad tanto durante su campaña, como en su corto periodo en el gobierno, a través de la televisión la cual fue utilizada como instrumento propagandístico destinado a radicalizar los antagonismos sociales y a polarizar la nación. Aunque esta estrategia facilitó la victoria electoral de Bucaram, no resultó ser una garantía permanente de poder. Apenas siete meses después (en febrero de 1997) fue destituido de su cargo acusado de nepotismo, malversación de fondos públicos e incapacidad mental, debido a la pérdida de gran parte de su electorado.

En Perú, el *liderazgo carismático* de Víctor Raúl Haya de la Torre se manifestó, entre otros aspectos, por las claras alusiones al partido aprista (APRA) como un partido de mártires sacrificados por su país en la cruzada emprendida para sanarlo, en todo lo cual no dudaban en intercalar fragmentos extraídos directamente del Nuevo Testamento.

En Argentina, al presidente Carlos Menem (el cual gobernó de 1989 a 1999) le agradaba utilizar alusiones religiosas en las cuales, de modo más o menos literal, se presentaba como una especie de Cristo rodeado de sus seguidores. Hacía referencias a Dios, evocaba la “potente escala nacional”, “la resurrección del país”. Su lema “siganme” le creó una imagen de salvador del país, de jefe que cumple la misión de salvar a la patria.

En Nicaragua, Daniel Ortega llevó a cabo una campaña presidencial en el 2006, finalizada con éxito, bajo el lema de “revolución espiritual”, con el objetivo de sanar moralmente el país y realizó ciertas concesiones a fin de atraerse las simpatías de la Iglesia.

En las apariciones en público de Hugo Chávez en Venezuela se rastrean referencias a Cristo como el “primer socialista auténtico”. Naturalmente, contamos con muchos más ejemplos de esta clase entre los dirigentes latinoamericanos.

Cabe recordar que Weber subrayaba que este tipo de práctica, es decir la de declarar y prometer la realización de lemas revolucionarios, es distintiva del *liderazgo tendente al cambio*, que abona un terreno propicio en momentos de inestabilidad y crisis políticas, sociales o económicas. Es entonces cuando existe la necesidad social de un líder fuerte, de rasgos marcados, capaz, como el famoso flautista de Hamelín, de arrastrar a las masas. Cualquier crisis del tipo que sea se convierte en mecanismo, que *sui generis* le da la razón de existir, pero para que el liderazgo se constituya, está indicado que se institucionalice en una toma del poder y que el ejercicio de su influencia sobre la formación política y el sistema donde se mueve se haga estable, permanente. La revolución de Castro en Cuba, el triunfo electoral de Evo Morales en Bolivia o el proyecto de la “Revolución Bolivariana” de Chávez en Venezuela son su mejor ilustración. Puede decirse que el carisma tiene a la vez el encanto de la revolución, que lleva a remodelar el sistema total o parcialmente, y un cierto conformismo resultante de la adaptación a las exigencias situacionales y a las expectativas de los destinatarios.

Un líder carismático les transmite a sus partidarios la esperanza tan abrigada por ellos. Lo que resulta especialmente interesante es que concierne más al proyecto de cambio (tiempo futuro) que a la misma realidad vista como un diagnóstico de factores determinantes de la crisis (tiempo presente). El líder se sirve de símbolos y mitos políticos (por ejemplo, el *Bolivarismo* en la oratoria de Chávez), pone en tela de juicio el *status quo* existente o una buena parte del mismo, está rodeado de un “aura” especial que se revela influyente sobre los miembros del grupo, que despierta admiración, deseo de obediencia y confianza, pero es menester no olvidar que su eficacia está limitada en el tiempo, pues la propician sobre todo los momentos de “transición”, de transformación del sistema, de activación de movimientos sociales, de escalada de desafíos importantes sociopolíticos (Dorna 2003:23-28). Estas condiciones estructurales favorables posibilitan el desarrollo y el aprovechamiento de la predisposición del líder. Disponemos de muchos ejemplos de esta clase de carisma situacional en América Latina, puesto que muchos países de esta región atraviesan problemas tocantes a la inestabilidad política, a una desigualdad social inmensa (la mayor del mundo) y a dificultades económicas. Retos de esta clase generan tensiones y conflictos sociales, que desde décadas atrás han favorecido la aparición de políticos carismáticos con mensajes populistas para las masas descontentas. Un caso representativo sería el del éxito de los múltiples líderes de la llamada “nueva izquierda” latinoamericana que han tomado el poder a causa de la gran insatisfacción social con respecto a la política económica neoliberal y a las elites dirigentes.

Sin negar la importancia de los atributos personales, de nacimiento o adquiridos del líder, no se puede dejar de lado la dimensión, crucial, que ostenta la interacción con su ambiente, sobre todo con el grupo que dirige. Según algunos autores, el carisma no tiene su origen en rasgos individuales, sino que se trata de una construcción ante todo social, basada en la relación líder-grupo (Willner 1984). En este proceso adquiere gran significado no sólo el mensaje político y su elaboración, sino también su percepción y recepción por el imaginario colectivo. Ann Willner distingue cuatro dimensiones en el líder carismático: imagen, aceptación, obediencia y emoción (Willner 1984). Estos a su vez integran una serie de elementos necesarios para entender esta clase de liderazgo político. En este sentido es menester hacer referencia a una acepción que destaca que los seguidores atribuyen a los líderes atributos excepcionales. Otra cosa de gran importancia es que “un aspecto que contribuye al éxito del líder es un componente ideológico, lo cual permite explicar la presencia de estos tipos de líderes en ámbitos políticos, religiosos o de conflicto violento” (Tovar Mendoza 2009:116).

El aspecto de la imagen está determinado por la capacidad individual y las predisposiciones, además por los tratamientos que llevan a cabo los especialistas en relaciones públicas. Por otra parte, la aceptación del medio es *conditio sine qua non* para dirigir un grupo en cualquier modelo de liderazgo. En este caso, justamente, no se puede omitir el tema del funcionamiento de la sugestión sobre los receptores, así como el de la aparición de estados emocionales entre ellos y su líder. Éste es considerado alguien a quien se le atribuyen cualidades y habilidades extraordinarias (dimensión de la imagen), alguien en quien se deposita un gran capital de confianza y cuyos proyectos e ideas son inter-analizados colectivamente y alguien con quien se mantiene un estrecho lazo subjetivo consistente en una identificación afectiva y en una disposición a emprender acciones conjuntas (Willner 1984).

Estos componentes se complementan y se cruzan sobre el eje de co-aparición de tres planos: a) el racional, orientación dirigida a lograr los objetivos propuestos; b) emocional, interacción con el entorno; c) de activación para emprender acciones. Cuando se presenta en esta plenitud su supuesto proyecto político, que muchas veces no es otro que una fabricación de complemento de las expectativas, preocupaciones o inquietudes de sus partidarios, el líder actúa como fuente de inspiración. La clave para hacerse con el apoyo social y sus ventajas políticas radica en la habilidad para mantener al grupo movilizad (lo que desempeña un papel nada despreciable son las ya mencionadas condiciones estructurales), como también la identificación con el proyecto colectivo de cambios.

Tomando en consideración el aspecto de la imagen, Vargas Paredes propone una interesante clasificación en tres tipos de los líderes de América Latina (Vargas Paredes 2009:23-25):

- “Buen militar” (por ejemplo, Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil, Lázaro Cárdenas en México, Fidel Castro en Cuba). Sus distintivos son un fuerte autoritarismo y control político, que constituyen una amenaza para el pluralismo, la utilización del apoyo del ejército, lo cual no significa que el líder sea un militar profesional (el “buen militar” es aquí una metáfora semántica), el paternalismo y la movilización de las masas a fin de llevar a cabo los cambios, en lo que resulta de gran auxilio la edificación de un potente nacionalismo. Los líderes de este tipo inician las transformaciones del sistema y muestran posiciones ideológicas claras.
- “Luke Skywalker” (por ejemplo, Vicente Fox en México, Daniel Ortega en Nicaragua, Hugo Chávez en Venezuela, Fidel Castro en Cuba, Augusto Pinochet en Chile). Esta categoría, que podría vincularse a los clásicos de la ciencia ficción, específicamente a la saga de películas “La guerra de las Galaxias”, subraya el perfil del dirigente como un mensajero del bien que lucha contra las “oscuras fuerzas del mal”. Es un rebelde que se enfrenta al mal y a la injusticia, que no se deja seducir por esas fuerzas oscuras y que por fin libra una batalla triunfal contra el potente adversario. Este mensaje, cuyo elemento inseparable es la visión maniquea de la realidad política, está dirigido a las masas, a las que se moviliza para combatir al enemigo bajo el mando de su carismático líder. El enemigo puede ser variopinto: un país, como Estados Unidos de América para Chávez y Castro, una ideología y sus partidarios, como el comunismo para Pinochet, un adversario interno, como la oligarquía para Chávez o el PRI para Fox. La fraseología política presenta a estos dirigentes como héroes y defensores de la nación (pueblo).
- “Mesías del Trópico” (por ejemplo, Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela, Eva Perón en Argentina, Andrés Manuel López Obrador en México). Esta clase de líder es considerado como un liberador y paladín de los que sufren el mal y la injusticia. Verbigracia: indígenas, personas pobres y excluidas de la sociedad, víctimas todos ellos de la conspiración nacional e internacional de las corruptas elites políticas, de los oligarcas y de las multinacionales. Los políticos de este perfil se sirven de una retórica radical y de métodos espectaculares a fin de centrar la atención de la sociedad, aunque, en la práctica, no excluyen ciertas dosis de pragmatismo y de cautela en cuanto a los límites a los que pueden llegar. Constituyen una amenaza para la democracia de corte liberal, puesto que aprovechan de sus mecanismos para lograr el éxito político y la conquista del poder, lo cual no impide que después pongan en tela de juicio ese sistema, en aras de los cambios que se hayan dispuestos a realizar y que

con frecuencia resquebrajan sus mismos fundamentos (de la democracia). Polarizan fuertemente la sociedad nacional, dividiendo a los ciudadanos entre “buenos” y “malos”. En este caso cobra especial significado el mensaje político que el líder transmite a sus adeptos. Según Michel Foucault, un buen político une a la colectividad con los hilos de sus propias ideas, hilos muchos más fuertes que las “cadenas de hierro” que utiliza el déspota para inmovilizar a sus esclavos (Foucault 2000).

Es necesario destacar que la distinción anterior contraviene el que algunos de los dirigentes representativos de ambas categorías puedan ser registrados dentro de otras; únicamente, se hace hincapié en las condiciones estructurales en las que actúa el político y en los elementos dominantes de su estrategia. Por ejemplo, Hugo Chávez y Fidel Castro podrían ser incluidos en otras clases de líderes políticos, dependiendo ello de sus diversas etapas políticas y de la clase de retórica utilizada en la interacción con su entorno. Por otra parte, podrían distinguirse bastantes elementos comunes a prácticamente todos los dirigentes populistas carismáticos: tendencia al autoritarismo, paternalismo, personalismo, utilización de estrategias de clientelismo político, polarización de la sociedad, aspiración a profundizar en las prerrogativas del estado, aprovechamiento de las ventajas de las crisis, etc. Las tres metáforas citadas más arriba muestran *de facto* un sombreado perfil de la figura de los líderes a los que se puede clasificar según el tipo de lazos que les unen con sus partidarios y según los elementos presentes en su discurso político.

Todo líder transformacional se caracteriza, en una u otra medida, por un cierto carisma, lo cual no implica que esta clase de políticos siempre lleguen a edificar un sistema (Delgado 2009:265). Sin embargo, si tenemos en cuenta la práctica de transformaciones políticas de cuya necesidad se hace eco este tipo de líder, en la categoría de líderes “carismáticos-transformacionales” se patentiza la estrecha relación existente entre el carisma y las actividades emprendidas en favor de cambios político-sociales. En líneas generales, y como ya se ha comentado antes, su aparición tiene lugar en momentos de crisis internas del estado o de desafíos crecientes, que las elites, hasta ese momento dirigentes, sólo son capaces de hacer frente en limitados aspectos. Cabe subrayar que al *liderazgo transformacional* le caracteriza un uso de la simbología que centre adecuadamente los esfuerzos colectivos alrededor de un objetivo, así como de una clase de retórica política que sacie la sed y movilice a los encendidos partidarios, aunque, recordemos una vez más, no sólo el líder ejerce influencia en sus seguidores, también el entorno forma al líder en alguna medida. El modelo especificado de líder carismático-transformacional presenta numerosos factores que entrarían en la creación de la imagen del líder y de la interacción con sus partidarios, lo cual refleja la tabla mostrada a continuación (Tabla 2):

Carisma	<ul style="list-style-type: none"> • Formulación de una vision concreta de los cambios para un grupo social y para el estado; puesta en tela de juicio del <i>status quo</i> vigente. • Capacidad para influir verbal y extraverbalmente, y para “seducir” a las masas. • Claridad en la exposición de las ideas; seguridad en sí mismo. • Énfasis en la dimensión del autosacrificio. • Habilidad para despertar estados afectivos. • Introducción de un discurso basado en valores morales • Dominación y ejercicio de la influencia.
Respetabilidad	<ul style="list-style-type: none"> • Atención especial al mantenimiento de relaciones próximas con sus partidarios, manifestación de la necesidad de satisfacer las necesidades del grupo. • Capacidad para despertar confianza y credibilidad en el grupo, a base de subrayar las cualidades de este último y de adular sus expectativas.
Estimulación/Inspiración	<ul style="list-style-type: none"> • Señalización de la posibilidad de alcanzar los objetivos. • Inculcación de los principios de los cambios propuestos a tenor de sus propias indicaciones. • Uso de la simbología a fin de concentrar esfuerzos. • Llamada a un tipo de acción que transgrede las normas sociales vigentes. • Demostración de la grandeza de los objetivos con ayuda de adecuados recursos sociolingüísticos: anécdotas, metáforas, analogías etc.

Tabla 2. Liderazgo carismático-transformacional. Elaborado según Delgado (2009:226).

A su vez, partiendo del principio de que el liderazgo carismático presenta diversas dimensiones, Dorna propone la siguiente clasificación (Dorna 2003:42-64):

- Carisma mesiánico (el caso de Velasco, Haya de la Torre, Bucaram, Noboa, Menem). Suele presentar un discurso subliminal de índole religioso, que se trata como base e instrumento de legitimización del poder o de ciertas acciones. Marcados rasgos afectivos perfilan la imagen del líder, a quien le son atribuidos dones de profeta y de salvador que responden a la convicción colectiva que señala que sólo él será capaz de sacar al país de la crisis, pues sólo él está en posesión del remedio para llevarlo a cabo. A menudo en esta clase de imagen se dan elementos místicos.

- Cesarismo carismático (por ejemplo Alberto Fujimori, Álvaro Uribe). Esta categoría enlaza con la figura histórica de Julio César y los rasgos que se le atribuyen, y desempeñan un papel importante durante el proceso del ejercicio del poder: inteligencia, orgullo, capacidad de manipulación, encanto personal, valentía y majestuosidad. Se encarna con frecuencia en gobiernos de corte autoritario, que en determinados momentos de la vida de un país gozan de aceptación social porque se les justifica como una solución temporal.
- Carisma totalitario (por ejemplo Fidel Castro). Legitima la violencia y justifica el crimen, ya que todo sistema totalitario, antes o después, se ve abocado al genocidio. Los casos más evidentes serían el hitlerismo y el stalinismo. Tiene un carácter masivo y está fuertemente ideologizado. Se basa tanto en la propaganda como en el magnetismo del líder al que las masas se someten. Naturalmente, todo ello pasa por la eliminación (incluida la física) de la oposición real o supuesta, por la uniformización ideológica y por el culto pseudoreligioso de la personalidad del líder. Pol Pot, Hitler y Stalin serían ejemplos típicos de esta clase de liderazgo.
- Carisma populista (como los casos de Eva Perón, Velasco, Bucaram, Chávez, Morales). Esta categoría es muy amplia y no fácil de describir debido a la polisemia que registra la definición de populismo: por una parte, como fenómeno propio de la democracia; por otra parte, como una tendencia antidemocrática basada en la demagogia. Con todo, podríamos arriesgarnos a afirmar que todos los líderes populistas (lo que resulta esencial) están marcados, en mayor o menor medida, por el carisma.

Es necesario elucidar el populismo como un tipo de estrategia en la lucha por la conquista del poder o en el ejercicio del mismo. Radica en un estilo concreto del dirigente, caracterizado por la unión carismática, directa y paternalista con sus partidarios (Durán Migliardi 2007:91). El líder habla en nombre del pueblo y se opone a los intereses de las elites corruptas con tal de obtener el apoyo de las masas, que constituirán su clientela política y se le someterán en nombre de sus atributos especiales y de su predisposición como líder (Freidenberg 2007:25). El populismo promete cambios y se declara contra el *establishment*, e incluso muchas veces exige transformaciones en el seno del sistema. Los políticos de esta clase, cuya presencia no se limita sólo al continente latinoamericano, gozan de una singular “plasticidad ideológica” que les permite adaptar su mensaje y su imagen a las expectativas de las masas y beneficiarse de la crisis. Como advierte Vargas Paredes, el dirigente populista latinoamericano no se esfuerza de veras por solucionar los problemas sociales,

se limita a “administrarlos” para conquistar votos para más tarde sacar a la luz experimentos políticos que en realidad ponen en peligro la democracia (Vargas Paredes 2009:23). Un ejemplo de esta clase de iniciativas son las emprendidas en Venezuela por Hugo Chávez.

El discurso político propuesto por el populismo estriba en la construcción maniquea que presenta la lucha política como la lucha entre las fuerzas del bien y del mal. El líder aparece como un salvador y encarna la esperanza del cambio; por el contrario, sus opositores personifican el mal y las adversidades con los que tropieza el país (De la Torre 2007:59)⁸. Carlos de la Torre plantea que

“el populismo es un estilo de liderazgo basado en un discurso maniqueo que presenta la lucha del pueblo en contra de la oligarquía como una lucha moral y ética entre el bien y el mal, la redención y la ruina. El líder es socialmente construido como el símbolo de redención, mientras que sus enemigos son creados como la encarnación de todos los problemas de la nación. El líder dice ser un hombre común del pueblo que, debido a sus esfuerzos sobrehumanos, se ha convertido en una persona extraordinaria. En lugar de desarrollar una ideología, el líder pide a sus seguidores que confíen en su honestidad y en la dedicación que pone para cuidar los intereses de la patria y del pueblo” (De la Torre 2007:59).

El carisma está fuertemente impreso en esta clase de liderazgo, puesto que, por una parte, expresa la necesidad de la existencia de un líder que centre la atención y el apoyo del entorno, y por otra, constituye la personificación más o menos marcada de un proyecto político. En ciertos enfoques, el populismo se define como una estrategia de movilización social llevada a cabo precisamente por los dirigentes carismáticos, lo que a menudo caracteriza la escena política latinoamericana (Beverly 1983:143). Es menester hacer el hincapié en los lazos entre seguidores y líder marcados por su carisma, por su demagogia, en fin, por diferentes atributos subjetivos que supuestamente explican el comportamiento político emotivo y no racional de sus partidarios (Germani 1968:56). Sin embargo, sería un craso error identificar el populismo con la demagogia, porque esta es más bien su herramienta y modo de expresión. La demagogia se convierte repetidamente en un mecanismo con ayuda del cual el líder carismático se comunica con el entorno: partidarios, medios de comunicación y adversarios. Entre sus trucos retóricos más difundidos se encontrarían: *argumentum ad auditorem* (que se remite al auditor y sus emociones), *argumentum ad ignorantiam* (que aprovecha de la ignorancia del auditorio), *argumentum ad misericordiam* (que se remite a la piedad del auditorio), *argumentum ad personam* (dirigido al adversario a fin de desacreditarlo o ridiculizarlo), *argumentum ad populum* (que se remite a los instintos e impresiones de las masas), argu-

mentum ad vanitatem (para adular al público) (Korolko 1990:18-19). Sirven todos ellos para un eficaz comunicado político destinado directamente al corazón de los receptores.

Las variantes de *liderazgo carismático* hasta ahora mencionadas pueden utilizarse como construcción basada en la teoría de los “tipos ideales” de Max Weber, puesto que en la práctica sus elementos específicos se entrelazan y sus límites se desdibujan con facilidad. Por ejemplo, el caso del *carisma mesiánico* se halla presente en la estrategia populista, que no duda en remitirse a la religión para sacar provecho político.

En resumen, la detallada distinción presentada entre el *liderazgo transaccional* y *transformacional* destaca dos aspectos del ejercicio de la influencia y del poder, de ahí que no deban ser contradictorios de *per se*, sino simplemente indican dos situaciones diferentes con sus correspondientes prioridades. Por lo tanto, según este enfoque ambas formas serían más o menos complementarias. A su vez, en cada una de ellas podemos distinguir diferentes modelos. Mientras que el *liderazgo transaccional* radica en gran medida en la eficacia de la administración y en el intercambio de servicios, el *transformacional* apuesta por los cambios, pero en este último también desempeña un importante papel la idea de misión, de proyecto transformador en el cual el líder se convierte en el exponente de la esperanza en el cambio y en el motor para lograrlo. Aquí Dorna indica la importancia de cuatro de los factores ya expuestos (Dorna 2003):

- Inspiración (el líder motiva a los miembros del grupo para vencer las dificultades, indicándoles su lado más fuerte y subrayando la posibilidad de éxito en sus iniciativas).
- Respeto (el líder motiva a los miembros del grupo, indicándoles sus especiales predisposiciones).
- Gratificación (el líder premia las actividades que proporcionan proyectos, ideas y valores y que cohesionan al grupo).
- Identificación (el líder representa la encarnación del proyecto colectivo).

Estos cuatro aspectos claves se reflejan en el *liderazgo carismático* de algunos de los políticos latinoamericanos antes mencionados. Los políticos de la “nueva izquierda” se crean una imagen de defensores de los pobres y forman (o formaron) su base de recursos con el apoyo de las masas de marginados y excluidos (Bucaram, Chávez, Morales, Ortega, Correa, Lula de Silva). Los partidarios de los políticos carismáticos, a menudo populistas también, se reafirman en el convencimiento de

que por fin alguien se preocupa por ellos, de que representa sus intereses, de que ve la necesidad de cambiar su suerte y devolverles la dignidad (los pobres en la fraseología de Chávez y Bucaram, los indígenas en la retórica de Morales). Incluso si la localización central de estas capas sociales en el discurso político es instrumental o aparente, estas se hallan unidas a su líder y constituyen su clientela. El dirigente lanza un mensaje a estos grupos sociales, del cual puede deducirse que son ellos precisamente la parte más valiosa de la sociedad y que, aunque durante décadas han sido condenados a la marginación, en la actualidad, gracias a la realización de las medidas colectivas indicadas por el líder, tienen posibilidad de vivir un cambio histórico (dimensión de la inspiración y el respeto). Estos esfuerzos colmarán con seguridad sus esperanzas de cambio, solo posible bajo la dirección de su carismático líder, que es uno más del pueblo (aspecto de la gratificación y la identificación).

El modelo de *liderazgo carismático-transformacional*, sobre todo marcado por una estrategia populista, sigue estando presente en la escena política latinoamericana a causa de la necesidad permanente de cambios resultante de las fuertes desigualdades sociales en esa parte del mundo, de la inestabilidad política y de la desproporción en cuanto al desarrollo en las diferentes regiones del continente. El carisma de algunos líderes latinoamericanos es tanto una consecuencia de su predisposición individual como de la percepción de esta última por parte de sus seguidores. Al anunciar la necesidad de una transformación, estos dirigentes ofrecen esperanzas de llevarla a cabo al mismo tiempo que la prometen, utilizando para ello proyectos políticos dentro del marco democrático (Lula da Silva) o discutibles desde el punto de vista del mismo (Hugo Chávez). De ahí que la estimación de este tipo de liderazgo deba ser pluridimensional y centrada en las actividades del líder en concreto.

Referencias bibliográficas

Allahar, Anton (editor)

2001 *Caribbean charisma: reflections on leadership, legitimacy and populist politics*. Lynne Rienner Pub, Kingston.

Beverley, John

1983 Populism and nationalism: some reservations. En *Process of unity in Caribbean society: ideologies and literature*, editado por Ileana Rodríguez y Marc Zimmerman, pp. 141-157. Institute for the study of ideologies and literature, Minneapolis.

Blondel, Jean

1987 *Political leadership. Towards a general analysis*. SAGE publications, California.

Burns, James MacGregor

1978 *Leadership*. Harper y Row, New York.

De la Torre, Carlos

- 2007 ¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en Latinoamérica? En *Vox populi: populismo y democracia en Latinoamérica*, editado por Julio Aibar Gaete, pp. 83-138. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, México, D. F.

Delgado Fernández, Santiago

- 2009 “Por el cambio”. El liderazgo carismático-transformacional del presidente español Felipe González Márquez (1970-1996). En *Liderazgo, políticas públicas y cambio organizacional. Lecciones desde Iberoamérica*, editado por Saúl Vargas Paredes, pp. 265-299. Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D. F.

Dorna, Alexandre

- 2003 *Crisis de la democracia y liderazgo carismático*. Diálogo abierto: política, Vol. 131. Ediciones Coyoacán, México, D. F.

Durán Migliardi, Carlos

- 2007 Neopopulismo: imposibilidad del nombre. En *Vox populi: populismo y democracia en Latinoamérica*, editado por Julio Aibar Gaete, pp. 83-138. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, México, D. F.

Durkheim, Emile

- 1999 *O podziale pracy społecznej*. PWN, Warszawa.

Foucault, Michel

- 2000 *Filozofia, historia, polityka. Wybór pism*. PWN, Warszawa.

Freidenberg, Flavia

- 2007 *La tentación populista. Una vía al poder en América Latina*. Editorial Síntesis, Madrid.

Germani, Gino

- 1968 *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Biblioteca América Latina, Vol. 13. Editorial Paidós, Buenos Aires.

Goleman, Daniel

- 1999 *La inteligencia emocional en la empresa*. Vergara, Barcelona.

Gomes Pinto, Vitor

- 2005 *Guerra en los Andes*. Editorial Abya Yala, Quito.

Kirkpatrick, Shelley A. y Edwin A. Locke

- 1991 Leadership: do traits matter? *Academy of Management Executive* 5(2):48-60.

Korolko, Mirosław

- 1990 *Sztuka retoryki. Przewodnik encyklopedyczny*. Wiedza Powszechna, Warszawa.

Marczewska-Rytko, Maria

- 2010 *Religia i polityka w globalizującym się świecie*. Wydawnictwo Uniwersytetu Marii Curie-Skłodowskiej, Lublin.

Marin Marin, Lázaro

- 2009 La gestión del riesgo de desastres en Quintana Roo. En *Liderazgo, políticas públicas y cambio organizacional. Lecciones desde Iberoamérica*, editado por Saúl Vargas Paredes, pp. 139-166, Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D. F.

Natera, Antonio

- 2009 Liderazgos transnacionales y liderazgos de recomposición: estilos de liderazgo y ciencia política. En *Liderazgo, políticas públicas y cambio organizacional. Lecciones desde Iberoamérica*, editado por Saúl Vargas Paredes, pp. 77-103, Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D. F.

Northouse, Peter G.

- 1997 *Leadership: Theory and practice*. Sage, California.

Núñez Vargas, Eduardo

- 2005 Liderazgo político. Documento electrónico, <http://www.gobernabilidad.cl/modules.php?name=News&file=print&sid=307>, accesado el 26 de noviembre de 2005.

Pałeczki, Krzysztof

- 1999 *Władza i obywatel w społeczeństwie informacyjnym*. Instytut Problemów Współczesnej Cywilizacji, Warszawa.

Rejai, Mostafa y Kay Phillips

- 1997 *Leaders and leadership: and appraisal of theory and research*. Praeger publishers, Westport, Connecticut, London.

Rost, Joseph C.

- 1993 *Leadership for the Twenty-First Century*. Praeger publishers, Westport, Connecticut, London.

Salinas Hernández, Héctor Miguel

- 2009 Liderazgo carismático y sociedades de convivencia en la ciudad de México. En *Liderazgo, políticas públicas y cambio organizacional. Lecciones desde Iberoamérica*, editado por Saúl Vargas Paredes, pp. 225-264. Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D. F.

Stogdill, Ralph M.

- 1948 Personal factors associated with leadership: a survey of the literature. *The Journal of Psychology* 25(1):35-71.

Śniadecka-Kotarska, Magdalena

- 2010 La etnopolítica en Boliwia, *Revista del CESLA*, CESLA UW, nr 13.

Sztompka, Piotr

- 2005 *Socjologia. Analiza społeczeństwa*. Wydawnictwo Znak, Kraków.

Tovar Mendoza, Justo Jesús

- 2009 Liderazgo y movimientos sociales. Una revisión conceptual comparada. En *Liderazgo, políticas públicas y cambio organizacional. Lecciones desde*

- Iberoamérica, editado por Saúl Vargas Paredes, pp. 105-135, Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D. F.
- Tucker, Robert C.
1995 *Politics as Leadership*. University of Missouri Press, Columbia.
- Vargas Paredes, Saúl (editor)
2009 *Liderazgo, políticas públicas y cambio organizacional. Lecciones desde Iberoamérica*. Editorial Miguel Ángel Porrúa, México, D. F.
- Weber, Max
1984 *Szkice z socjologii religii*. Książka i Wiedza, Warszawa.
- Willner, Ann Ruth
1984 *Charismatic political leadership: a theory*. Yale University Press, New Haven.

Notas

- ¹ Este estado ha sido definido como una fragmentación de la sociedad civil a resultas de desigualdades sociales radicales que conducen al aislamiento y a la marginalidad de un gran colectivo. El efecto de ello es una particular “erosión de la identidad ciudadana” que, unida a la debilidad institucional del estado, facilita los mensajes políticos e ideológicos a masas atomizadas, lo cual a su vez propaga el clientelismo (De la Torre 2007:72).
- ² Banal por su simplicidad, aunque no carente de sentido, es la afirmación de que deben existir unas masas que se dirijan para que exista un dirigente. El liderazgo, como el poder que lleva unido, es un fenómeno social vinculado a los mecanismos de control y de influencia.
- ³ Como hemos advertido el liderazgo político es analizado bajo el prisma de una serie de teorías, que subrayan alguno de sus aspectos. Por ejemplo, la teoría de los rasgos personales acentúa la importancia de estos, de nacimiento o formados, para ejercer la influencia sobre otros. La teoría conductual, por su parte, indica la necesidad de un análisis concreto de las actividades y conducta del sujeto en el proceso de convertirse en jefe. La teoría situacional marca la importancia de los condicionantes estructurales y de las circunstancias concretas políticas, sociales y económicas. Según la teoría de los intercambios, el mando es producto de los provechos obtenidos en la interacción líder-partidarios. Relacionada con esta, es la teoría “trayectoria-meta”, según la cual el líder indica al grupo los objetivos y las formas de realizarlo, a cambio de lo que recibe un estatus ventajoso en el grupo haciéndose con su jefatura (Tovar Mendoza 2009:106-115).
- ⁴ En cierta forma corresponde a la teoría de la circulación de las elites de Vilfredo Pareto, aunque cabe recordar que en el pensamiento del filósofo italiano la actividad de los “leones” se caracteriza por su conservadurismo, su conservatismo y su prudencia, en tanto que la de los “zorros” manifestaría innovación, disposición para aceptar el riesgo y apertura a los cambios.
- ⁵ Dentro de este modelo se pueden distinguir también tipos particulares, como el de dirigente “legalista” (que vigila los principios y normas de un determinado sistema político, subraya los valores procedentes de las instituciones políticas y sociales, destaca las reglas del orden), el dirigente “simbólico” (que constituye más una visión política plástica y encarna ciertas ideas o conjunto de valores que una personalización con rasgos individuales concretos), el dirigente “formado” (que es una especie de producto de marketing político, imprescindible en el caso de elecciones como exponente de los intereses de un grupo determinado (Rejai y Phillips 1997:34).
- ⁶ Emile Durkheim también ha observado la influencia de la situación sobre la formación de diversas clases de dirigentes, subrayando que a menudo estos son personas que toman el poder en situaciones excepcionales. Precisamente estas circunstancias les dan un estatus especial y activan sus rasgos como jefes (Durkheim 1999).
- ⁷ Un buen ejemplo son las palabras de Bucaram:
“Un día soñé con la Virgen que me dijo: Ya eres libre, regresa junto a mi Pueblo y sálvalos de la miseria. Te unirás a los perseguidos y firmarás una patria libre, vencerás a un no creyente, porque el mismo diablo lo viste de bueno. Yo tengo derecho a ser presidente porque me he preparado, estudiado, pagué la

conspiración política, he cometido errores como todo ser humano, pero jamás maté a nadie o trafiqué con drogas; nunca he ingerido alcohol, ni he fumado cigarrillos por respeto a mis hijos... Voy a movilizar al país para que jamás haya licitaciones para el bolsillo de los gobernantes” (Freidenberg 2007:157).

- ⁸ La fraseología populista está colmada de dicotomías bipolares, como pueblo y elite, pueblo y oligarcas, y por eso cumple una misión tan importante en la comunicación política dirigida a los electores la categoría de enemigos y amenazas potenciales, debido a que provoca la polarización social y la movilización de los receptores de este mensaje.